

Precios de suscripción

→←

En Lorca mes . . . 0,40 pesetas.

Fuera . . . 0,50

EL OBRERO

Redacción y Administración

Corredera, 54.

→←

No se devuelven los originales

ÓRGANO DEL CENTRO OBRERO

UNO PARA TODOS

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

TODOS PARA UNO

CARTA ABIERTA

Sr. D. Juan Antonio Dimas.

Amigo Juan: Apesar de que, según *El Diario de Avisos*, haces á su redacción un servicio que ella no merece, contestando personalmente lo que hasta ahora sólo ha sido polémica entre aquél periódico y *El Obrero*, yo, como autor de los artículos aquí publicados con los títulos *El mismísimo demonio* y *Habilidades*, en los que, sólo traté de probar la imposible neutralidad de *El Diario*, quiero dejar consignado, antes de pasar á contestar al artículo PARA EL OBRERO que tú firmas, que no es que importe á *El Obrero* ni á mí particularmente que *El Diario de Avisos* sea conservador ó sea independiente, sino que al terciar en una cuestión habida entre nuestro periódico y *El Conservador* y pretender desviar la opinión en asunto tan claro y evidente, nos importaba muy mucho consignar la parcialidad de *El Diario* en el caso que nos ocupaba, con el solo fin de que constara de modo expreso nuestra convicción, pues afortunadamente aquí todos sabemos las tendencias de cada periódico y hasta dónde pueden llegar ciertas neutralidades.

Puesto que al propio tiempo que director de *El Diario de Avisos* eres redactor-jefe de *El Conservador*, más lógico parecía que en *El Conservador* hubieras esgrimido la sátira que contra *EL OBRERO* trataste de lanzar desde *El Diario*, á título de *neutral*, y cuya neutralidad tú mismo desvaneces al declararte con cierto orgullo conservador, al propio tiempo que autor de los escritos de *El Diario*.

No creí que llegara la cuestión al punto á que tú la has traído; pero como ni por mí ni por el puesto que aquí ocupe puedo ni debo rehuir la explicación que en cierto modo parece pedirme, voy á contestarte, poniendo á mi vez el nombre mío al final de estos renglones.

Encuentro extraño el tono en que está redactado tu artículo «Para EL OBRERO», por cuanto las manifestaciones que hasta ahora hice sólo se han dirigido á demostrar la *sin razón* de vuestras agresiones; me llevas á hacer públicas ciertas manifestaciones, y, lo confieso con franqueza, jamás como hoy me causó violencia el cumplimiento de un deber; nunca como en la ocasión

presente puse la pluma con tanto pesar sobre las cuartillas que han de ir á la imprenta. Y es que, si el peso que una desilusión produce está en armonía con el afecto en que se sustentaba, la pesadumbre de hacer públicas ciertas manifestaciones está en razón directa con la ilusión perdida.

Yo te soñé, porque no más fué suño, en la hermosa región de las ideas y al despertar te veo acercándote á aquella *podredumbre*, á aquellas *inmundicias y basuras*, como tú públicamente las calificaste, y para las que pedías con el fuego de la sinceridad un ejemplar y potente *barredero*.

¿Te acuerdas? Hace apenas tres meses, en el salón de actos del Centro Obrero, la apiñada multitud aplaudía frenética los valientes períodos de tu discurso; aquellos períodos en que, al comienzo de la oración, fustigabas despiadadamente á los administradores de este desventurado pueblo; á aquellos que, según tú, hicieron de nuestra administración un *putridero*; colmaste entonces de elogios y uniste tu voto á la exposición de las Sociedades obreras de Lorca, cuyos términos conocías y en la que se pedía al ministro de la Gobernación actual que pusiera coto á los desmanes administrativos que aquí se cometían, aplicando á nuestros administradores un castigo ejemplar. También entonces hiciste expresión de tu admiración por las campañas de este modesto semanario, que en tu exaltación calificaste de honra de la prensa española, excitándonos para que nuestra voz siguiera despertando la dormida conciencia del pueblo y anatematizando á sus explotadores.

Yo te miré entonces como una de las contadas excepciones de la juventud lorquina que de las Universidades vuelve. Yo sentí al escucharte la emoción dulcísima de una esperanza, creyendo ver en tí un luchador más de los modernos ideales, y por eso te dí con mis aplausos el afecto sincero de mi alma.

No es extraño, por tanto, que ahora, cuando recientemente me trajeron la nueva de tu ingreso en uno de los bandos políticos sobre los que cayeron tus anatemas, yo lo negara rotundamente; no es tampoco extraño que cuando ya se hizo pública la noticia de un modo «oficioso», yo, teniendo por sinceras tus manifestaciones de entonces, te creyera víctima de una alucinación; pero ahora, cuando con motivo de haber tú pretendido *ridiculizar* desde *El*

Diario para aparecer *neutral* la fiscalización administrativa de *El Obrero*, antes por tí ensalzada, te declaras conservador, expresando que ni de ello te avergüenzas ni te ocultas, llega á su colmo la decepción sufrida.

Mis afectos, mi admiración, que tú apreciarás sin duda en poco, son prodigados tan sólo cuando la sinceridad les sirve de guía.

Yo quisiera quitar rudeza á mi lenguaje; yo quisiera saber envolver en la galaaura del estilo la amargura que para mí encierra esta desdicha de la realidad; disculpe esa impotencia mía mi propia insuficiencia, la vehemencia de mi espíritu, la franca lealtad de mi carácter. No ha sido ni es mi ánimo dirigir reticencias á tu personalidad, para mí honrada y respetable; yo no sé decir las cosas más que como las siento.

Respecto á la honradez personal sin mancha y otros delicados extremos, que yo entiendo es inoportuno traer aquí, creo que cada sér lleva en sí el patrimonio que supo conquistar para su nombre. ¡Hay tantos modos de apreciar la personalidad humana! ¡Hay tantos criterios respecto á lo divisible ó indivisible de la personalidad misma!

A mí me basta, por lo que á mí respecta, con que mis palabras tengan la autoridad de estar en consonancia con los actos todos de mi vida y con que ningún nombre, en punto á dignidad, pueda ponerse más alto que el mío; no he de discutir el nombre de los demás, porque yo respeto el sagrado de la conciencia; pero sí puedo, si debo juzgar los actos de carácter público de cuantos influyan ó puedan influir en los destinos del pueblo, y ese es el color que entiendo debo dar á la aclaración que solicitabas.

De los análisis, de las deducciones que yo he hecho, y conmigo cuantos entonces te oyeron, comparando tus predicaciones de ayer con la adhesión de tu nombre á aquello mismo que fustigaste, ¿qué podía resultar que menos te molestara que una tan amarga decepción?

¡Y aún haces gala de tus nuevos títulos!

Perdona, Juan, perdona que aún sigamos no explicándonos tu actitud: porque elevarse á la región ideal del sentimiento para arrojarse desde allí al abismo donde se agitan las pasiones del convencionalismo político, sólo se explica por una alucinación.

Dices que «si todos los que no pien-

san como yo estuvieran alucinados, sería el mundo una inmensa casa de salud. Yo no puedo pretender imponer á nadie mi criterio, porque todo cuanto implique imposición pugna con mi modo de ser y de pensar; pero si pienso que, como tú decías, debemos emanciparnos de errores, sacudiendo infinidad de plagas sociales que, como el caciquismo y el convencionalismo, hacen que el mundo siga dividido en «castas» y éstas en explotados y explotadores.

Si creo que todos los hombres deben ser consecuentes con sus convencimientos; si creo que debe obrarse siempre inspirados en la equidad y en la justicia, aun cuando redundara en perjuicio particular lo que haya de resolverse en beneficio de todos.

Y claro es que, por desgracia, no piensan como yo, cuando menos, la mayoría consciente de los pueblos; porque si así pensaran, no hubieras tú ingresado en el partido en que lo has hecho, por la sencilla razón de que no existirían partidos así constituidos.

Oreo bien aclarada mi actitud ante tú, para mí, nueva significación política; tu categórica afirmación no deja duda de que eres uno más en el partido conservador local; en ese partido que con su mayoría concejil ha consentido y autorizado un desbarajuste administrativo sin ejemplo, con ellos vé; nosotros quedamos aquí en nuestro puesto, continuando la cruenta lucha por el deber que nosotros mismos nos impusimos.

No des á mis palabras interpretación alguna que no sea significar la amargura que ha producido la decepción sufrida á tu buen amigo,

ALFREDO SAN-MARTIN.

PROCESIONES Y PROPAGANDA

Faltan catorce días para la primera procesión. Blancos y azules trabajan sin descanso para que sea maravilloso el espectáculo que Lorca pueda ofrecer á los que la visiten.

Este año va á llegar al colmo nuestra fiesta típica; esa fiesta donde resucita el esplendoroso lujo de los antiguos pueblos de Asia y Africa; ese acto que pone de manifiesto el gusto artístico y primorosa labor de las mujeres lorquinas.

Lorca se convierte por Semana Santa en una Babilonia; á cada pa-